

Mujeres del Nuevo Testamento

Después del evento de la cruz, encontramos grandes mujeres dentro de la iglesia incipiente. La nueva era —la era cristiana, la cual había iniciado con la muerte de Jesús (Hebreos 9.16–17)— había dado comienzo con mujeres ocupándose diligentemente en lo que ellas podían hacer, para pagarle sus respetos al cuerpo sin vida de Jesús, mientras que los más cercanos seguidores masculinos de éste se escondían por temor de sus vidas.

Y las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron también, y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo. Y vueltas, prepararon especias aromáticas y ungüentos; y descansaron el día de reposo, conforme al mandamiento.

El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, trayendo las especias aromáticas que habían preparado (Lucas 23.55—24.1).

LAS MUJERES Y LA RESURRECCIÓN

La ira de los líderes judíos no asustó a las mujeres que habían seguido a Jesús. Ellas observaron cómo Jesús se retorció de dolor en la cruz, y su vida se le escapaba de su cuerpo (Mateo 27.55–56; Marcos 15.40–41). Fueron ellas, no los discípulos varones, las que siguieron a José de Arimatea y a Nicodemo, y observaron cómo éstos prepararon y sepultaron el cuerpo de Jesús (Lucas 23.55). Luego ellas regresaron a Jerusalén a preparar las especias aromáticas y ungüentos para el cuerpo de Jesús (Lucas 23.56).

Muy de mañana, el domingo, tal vez mientras los hombres todavía dormían, las mujeres estuvieron llevando hacia la tumba las especias que habían preparado amorosamente para ungir el cuerpo de Jesús (Mateo 28.1). Es probable que ellas creyeran que tendrían que enfrentar a los soldados que

vigilaban la tumba, pero ellas se acercaron valientemente al sepulcro, sin saber lo que sucedería. Para sorpresa de ellas, los soldados no estaban allí; la piedra del sepulcro había sido removida, y el sepulcro estaba vacío (Lucas 24.1–3).

La primera aparición de Jesús después de la resurrección no fue a los hombres, sino a una mujer que había sido antes pecadora, a María Magdalena (Juan 20.11–18). Las primeras personas en proclamar el mensaje de la resurrección de Jesús fueron mujeres (Lucas 24.9). Debe hacerse notar, no obstante, que no fueron ellas las primeras en hacer público este mensaje. Por lo visto, hallaron a los once donde se escondían, lejos de las multitudes y de las reuniones de la comunidad, y les hablaron acerca de la resurrección de Jesús. El primero en hacer partícipes a otros del mensaje de la resurrección públicamente, fue Pedro, y lo hizo el día de Pentecostés (Hechos 2.29–32; vea Lucas 24.44–47). No obstante, la bendición de ser las primeras en anunciar este gran evento, les fue dada a las mujeres que, tan de buena gana y tan amorosamente, le habían servido a Jesús durante el ministerio personal de éste.

El rastro que estamos siguiendo, a medida que las buenas nuevas de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús, son declaradas al mundo, es trazado por medio del trabajo de hombres, no de mujeres. Este rastro sigue el sendero de la revelación, la proclamación y la preservación de la palabra de Dios. El Nuevo Testamento incluye palabras de mujeres, pero no incluye una sola palabra que fuera proclamada por mujeres en reuniones públicas, ni que fuera escrita por ellas. Jesús escogió hombres como apóstoles suyos, como sus representantes personales. Ellos, junto con otros

hombres inspirados, escribieron el Nuevo Testamento. Las verdades de estos escritos constituyen el fundamento sobre el cual se edifica la iglesia (Efesios 2.20). La propagación del evangelio es la historia de hombres que van a todo el mundo a proclamar públicamente el mensaje de la salvación que hizo posible la muerte de Jesús. Esto no significa que las mujeres no enseñaran, sino que, según lo que está escrito, toda proclamación en público de la palabra, fue hecha por hombres.

Tal como en el Antiguo Testamento, en la mayoría de los casos los números que se usaron para estimar el tamaño del cuerpo de personas, en el Nuevo Testamento, incluyeron solamente hombres (Mateo 14.21; 15.38; Hechos 4.4). Cuando hubo necesidad de que algunos encabezaran el servicio a las mesas, fue a hombres a quienes se les dio esa responsabilidad (Hechos 6.3). La puerta de la salvación les fue abierta a los gentiles a través de un hombre, Cornelio (Hechos 10; 11). Los profetas y maestros de la iglesia de Antioquía eran hombres; a través de ellos el Espíritu reveló que Bernabé y Pablo eran los que habían de ir al campo misionero (Hechos 13.1–2).

LAS MUJERES Y LA OBRA DE LA IGLESIA

A las mujeres no se les dejó fuera de la obra de la iglesia. Dorcas fue una gran sierva del Señor que usó sus destrezas en la costura para proveer de vestidos a las viudas (Hechos 9.39). María, la madre de Juan Marcos, dio su casa para que sirviera como lugar de reuniones para la oración (Hechos 12.12). No se dan detalles acerca de quiénes eran los que participaban en las oraciones, ni acerca de la manera como la reunión para la oración se llevaba a cabo. Lidia, una mujer de negocios religiosa, mostró un espíritu de hospitalidad cuando le abrió su casa a Pablo y a los compañeros de éste, para que se quedaran allí mientras estuvieran en Filipos (Hechos 16.15). Tal vez la casa de ella también se usó como lugar de reuniones para la iglesia (Hechos 16.40).

LAS MUJERES Y LA ENSEÑANZA DE OTROS

De especial interés es la piadosa Priscila. Ella y su esposo, Aquila, hacían tiendas (Hechos 18.2–3). Juntos le expusieron más exactamente el camino de Dios a Apolo (Hechos 18.24–26). No podemos tener certeza del grado al cual intervino Priscila, pero se nos dice que ella, junto con su esposo, le enseñó a Apolos.

Esta es la conclusión a la cual llegamos al mirar otros casos del libro de los Hechos. Lucas, por lo general, mencionaba primero el nombre del esposo,

de aquel al que deseaba destacar, del que era mejor conocido o de aquellos que estaban más entregados a la acción. Note lo siguiente: 1) El nombre de Pedro aparece primero en la lista de los apóstoles; los que siguen son mencionados siguiendo cierto orden descendente en cuanto a la prominencia que tuvieran (Hechos 1.13). 2) Pedro, cuyas acciones eran de interés primordial en aquella ocasión, es mencionado antes de Juan en Hechos 3.1, 3–4, 11. Continúa siendo mencionado de primero en el relato hecho por Lucas (Hechos 4.13; 5.29; 8.14). 3) Ananías, el esposo, es mencionado antes de su esposa Safira (Hechos 5.1). 4) En Hechos 6.5, a Esteban, cuyo ministerio sería el centro de atención de la siguiente consideración de Lucas, se le menciona primero; a Felipe después de él; luego al resto de los siete escogidos para servir a las viudas. 5) Cuando el viaje misionero de ellos comenzó, Bernabé era el que sobresalía; se le menciona antes de Pablo en Hechos 13.1–2, 7. Más adelante, nos enteramos de que Pablo llegó a ser el principal portavoz; entonces el nombre de éste comienza a ser mencionado primero (Hechos 13.42, 46, 50). Cuando leemos que la gente de Listra llegó a la conclusión de que Bernabé era el dios principal, Júpiter, se le menciona primero su nombre (Hechos 14.12, 14). A Pablo se le menciona primero en Hechos 15.2, donde los hermanos determinaron enviarlo junto con Bernabé a Jerusalén. Cuando estaban en la asamblea de los apóstoles y los ancianos, vemos mencionado primero el nombre de Bernabé, quien les era mejor conocido que Pablo a ellos (Hechos 15.12, 25). Con el transcurrir del tiempo, Pablo llegó a ser reconocido como el portavoz de la obra misionera que llevaba a cabo junto con Bernabé. En Hechos 15.22, 35, se le menciona primero. 6) A Pablo se le menciona antes de Silas (Hechos 16.19, 25, 29; 17.4, 10). 7) A Silas se le menciona siempre antes que el más joven Timoteo (Hechos 17.14–15; 18.5).

Si podemos usar los hechos apuntados arriba como la norma, tenemos una base sobre la cual juzgar la actividad de Aquila y Priscila. Lucas los presentó mencionando a Aquila primero, lo cual fue natural, pues él era el hombre y el esposo (Hechos 18.2). Más adelante, es a Priscila a quien se le menciona primero (Hechos 18.18), lo cual puede sugerir que ella era mejor conocida por la iglesia, que su esposo. En la iglesia de hoy día, hay mujeres cristianas que a menudo se destacan más que sus esposos en las congregaciones. El hecho de que a Priscila se le mencione primero,¹ en una situación en la que se da una enseñanza (Hechos 18.26), parece ser una señal de

que ella estaba participando activamente, y no pasivamente, en instruir a Apolos. No debemos llegar a la conclusión de que ella dominara la conversación, pero tenemos razones para creer que ella desempeñó un importante papel. Por lo menos sabemos que ella participó en la enseñanza, pues Hechos 18.26, declara: "... pero cuando le oyeron Priscila y Aquila, le tomaron aparte y le expusieron más exactamente el camino de Dios" (énfasis nuestro). Los verbos griegos "tomaron" y "expusieron" están, en este caso, en plural, lo cual significa que fue una acción llevada a cabo por los dos esposos.

Priscila no proclamó la palabra en público, ni ejerció dominio sobre hombres, ni acaparó la conversación, ni llegó a ser la que dirigiera esta situación. Debió haber sido la intención de Lucas, revelar que ella puso de su parte en enseñar a Apolos la palabra de Dios en una situación en privado (Hechos 18.26). Aun si pudiera demostrarse que Priscila dirigió la exposición de las Escrituras que se le hizo a Apolos, esto no daría razones para pensar que a las mujeres se les permitió dirigir la adoración en público. Esta es una ilustración de una situación en privado.

LAS MUJERES Y EL SOSTENIMIENTO DE OTROS

El Nuevo Testamento consigna una lista de mujeres que le sirvieron a Jesús y a sus apóstoles durante su ministerio personal (Lucas 8.1-3; Marcos 15.40-41). A pesar de que Jesús no envió mujeres a enseñar ni les permitió ir con él y con los apóstoles, virtualmente nadie lo ha acusado de tener algún prejuicio en contra de las mujeres. Por otro lado, es a Pablo a quien muchos ha atacado de ser un aborrecedor de mujeres, o de tener prejuicios en contra de las mujeres, a pesar de que varias mujeres sirvieron con él en su ministerio para Jesús.

Los compañeros de viaje de Pablo, que Lucas menciona por nombre, fueron casi todos hombres, incluyendo a Bernabé y a Juan Marcos (Hechos 13.2-5), a Silas (Hechos 15.40), a Timoteo (Hechos 16.1-3), a Aquila (Hechos 18.18), a Erasto (Hechos 19.22), a Sópater, a Aristarco, a Segundo, a Gayo, a Tíquico y a Trófimo (Hechos 20.4). La única excepción de la lista de hombres es Priscila (Hechos 18.18). Si solamente tomáramos en cuenta lo que Lucas escribió, podríamos erróneamente concluir

¹ La KJV, la cual menciona a Aquila primero, no sigue el orden dado en el texto griego.

que Pablo llevó exclusivamente hombres con él, permitiéndole a Priscila ir tan sólo para que ella No obstante, un examen minucioso de los escritos de Pablo, revela que hubo mujeres que le ayudaron, y que le acompañaron durante sus viajes misioneros. En qué formas le ayudaron, es algo sobre lo cual sólo podemos especular. Al hacer esto, debemos suponer que ellas no se habrían visto envueltas en actividades que fueran contrarias a las enseñanzas de Pablo.

Priscila, junto con Aquila, arriesgó su vida por Pablo (Romanos 16.4). María (Romanos 16.6), Junias (Romanos 16.7; algunos ponen en duda que éste fuera el nombre de una mujer), Trifena, Trifosa, Pérsida (Romanos 16.12), Julia (Romanos 16.15), la hermana de Nereo (Romanos 16.15), y otras que vivían en Roma, pudieron haber laborado con Pablo. Él pidió que se le ayudara a las mujeres que habían luchado junto con él por servirle a Jesús, incluyendo a Evodia y a Síntique (Filipenses 4.2-3). Pablo mencionó a Ninfa (en algunos manuscritos aparece Ninfas, una forma masculina del nombre) como una que facilitó su casa para reuniones de la iglesia (Colosenses 4.15).

Si Pablo era un aborrecedor de mujeres, como algunos lo afirman, él hacía a un lado su actitud agresiva hacia ellas y se asociaba con ellas cuando servía al Señor. También, las recordó con suficiente cariño como para enviarles saludos personales a ellas. No puede usársele a Pablo como un ejemplo de uno que quiso excluir a las mujeres de las sendas del servicio que el Señor prescribió para ellas.

Las mujeres que laboraron junto con Pablo por la causa de Cristo, fueron mujeres de valía y fortaleza. Ellas sirvieron junto con Pablo en la propagación del evangelio. Aunque esto es así, no debe llegarse a la conclusión de que ellas tuvieran autoridad sobre los hombres, en la obra, y en los actos de adoración de la iglesia.

CONCLUSIÓN

Varias mujeres piadosas se destacaron de muchas formas en la iglesia neotestamentaria. Las mujeres de hoy día son siervas valiosas de Dios al llenar las necesidades de sus familias y de otros. Ellas pueden enseñar la palabra de Dios en el momento y el lugar apropiados, pero no se les ha dado autoridad sobre los hombres. El liderazgo del hogar y de los asuntos religiosos ha sido siempre asignado a los hombres. De este modo, Dios ha hecho distinción entre los papeles de las mujeres y los de los hombres. ■